

la Iglesia como misterio en los precedentes tes textos entre los que destacan los toma-

Metadata, citation and similar papers

un, University of Navarra

nas a la paradoja de la Iglesia. El libro termina con una «Postfazione» del profesor de la Universidad Gregoriana Dario Vitali.

Lepri ha realizado una obra muy digna que muestra el renacido interés que la teología de Henri de Lubac suscita en nuestros días. Su estudio sigue un camino intermedio entre un método genético y un método más sistemático. Ofrece abundan-

Una pequeña observación sobre la manera como Lepri designa a De Lubac. Aunque utiliza también su nombre, su modo ordinario de citarlo es «*il Nostro*». Quizás en italiano tenga más sentido, pero para lectores de otras procedencias resulta extraño este modo de referirse al teólogo que se estudia.

Esteban CIZUR

Gerhard Ludwig MÜLLER, *Informe sobre la esperanza. Diálogo con el cardenal Gerhard Ludwig Müller*, Madrid: BAC, 2016, 238 pp., 12,5 x 20,5, ISBN 978-84-220-1889-6.

Con una explícita referencia al «Informe sobre la fe», el famoso libro en forma de entrevista, publicado en 1985, al entonces Cardenal Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, se publica ahora el «Informe sobre la esperanza», del actual Prefecto de la misma Congregación, el cardenal alemán Gerhard Ludwig Müller.

El Director de la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), Carlos Granados, había realizado una entrevista anterior al mismo Cardenal, publicada como «La esperanza de la familia» (BAC, 2014). Al hilo de ese primer contacto surgió «el proyecto de una entrevista en toda regla, que pudiera ayudar a enfocar las diversas cuestiones que se han vuelto urgentes en nuestra Iglesia» (p. X).

El contexto general de la entrevista, estructurada en torno al tema de la esperanza, es el claro contraste entre la comprensión cristiana del hombre y de la historia que parte de la noticia de Jesucristo, y la visión inmanente y secularista de la cultura occidental posmoderna, que no ha cumpli-

do la previsión optimista y esperanzadora de la razón utópica moderna ni sus promesas de seguridad y de esperanza.

El Cardenal Müller anima entonces a reproponer los fundamentos de la esperanza que provienen de la visión de fe cristiana, en unidad fructífera con los objetivos y logros de la razón moderna.

El primer capítulo se articula como la «fundamentación» de la esperanza humana en la humanidad resucitada de Jesucristo: no basta decir que el cristiano siempre tiene esperanza, sino que es más correcto decir que «el cristianismo tiene siempre la esperanza *de Cristo*» (p. 23). Sin Él, su visión se reduce a una filosofía o sistema de valores similares a otros. El Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe insiste mucho en radicar la esperanza de la Iglesia en el realismo de la Redención *cumplida* en el Cuerpo de Cristo y *grabada* en el corazón de los hombres. El hombre participa de un proceso auténtico de transformación y divinización desde el amor: «Nuestra vida se transforma y abandona su

aislamiento para unirse a la vida del amado» (p. 32).

El enraizamiento objetivo y «material» de la esperanza en el cuerpo y en la carne (que ocupa varias preguntas de este capítulo) impide el riesgo del planteamiento gnóstico y espiritualista del que tanto previene el papa Francisco, para proponer una esperanza misionera, social, visible y comprometida, que afecta a la verdad de la vida y de las experiencias vitales de las personas. Llama la atención la insistencia y contundencia con que el Card. Müller invita a una concepción tan incisiva y realista del fenómeno cristiano.

De la misma concepción dualista quiere prevenir el capítulo sobre la Iglesia. No podemos concebir una Iglesia invisible e ideal incapaz de asumir su naturaleza y condición históricas, como tampoco podemos reducirla a un «puro hecho sociológico, empírico, verificable en sus funciones exteriores» que oculte su realidad divina (p. 70). En esta unidad de la acción de Cristo en la comunión eclesial de sus hijos, el Cardenal repasa las diversas dimensiones de la vida de la Iglesia y algunas formas actuales de su misión (jerarquía, sinodalidad, *sensus fidei*, ministerio sacerdotal, etc.). El Cardenal no elude los problemas y los desafíos actuales, y los aborda con audacia y entusiasmo. Por ejemplo, al respecto de la crisis vocacional, responde casi de modo provocativo: «¿Cuál es el problema real? ¿Qué necesitamos hoy? ¿Necesitamos acaso más misas y, por ello, muchos *virii probati* que puedan celebrarlas? ¿O necesitamos más bien más fieles comprometidos y convencidos...? (...) El problema actual reside en la mediocridad de nuestra vida eclesial y no en la ausencia de vocaciones para determinados ministerios» (p. 101). Las páginas dedicadas al Concilio Vaticano II y a su crisis posterior son un interesante y lúcido examen acerca del acontecimiento conciliar (pp. 112-125).

El capítulo dedicado a la familia es una nueva llamada a la esperanza en el contexto

de la reflexión de estos años sobre la familia, justo antes de recibir la Exhortación postsinodal «*Amoris laetitia*» del papa Francisco. En su propia reflexión como Prefecto y como Padre sinodal, nuestro autor basa la especificidad y fuerza del vínculo matrimonial en el don del amor recibido y entregado, «una realidad dada por Dios» (p. 163) que no puede ser reducida, por tanto, a un mero sentimiento y elección individual, sino que se refiere a una voluntad nueva que nace de esta gracia y que es capaz de entregarse por entero en mérito del don recibido (p. 146): «Quien se casa consiente a algo que ocurre en él y que conlleva una intrínseca verdad, la del amor que ha recibido y que se le ha prometido» (p. 148). Una visión del matrimonio basada exclusivamente en el deseo o el sentimiento, y no en esta experiencia integral del amor humano-divino, no da auténtica esperanza, porque no constituye ninguna plenitud humana ni garantiza el bien total de la persona.

El Cardenal ofrece su propia valoración acerca de los nudos problemáticos que surgieron en las discusiones sinodales (pp. 176-182) y basa la negativa del acceso a la Comunión eucarística a los divorciados vueltos a casar en la unidad y santidad de todo el orden sacramental. La llamada a la profunda «conversión pastoral» que se espera de estos años de Sínodo es clara y entusiasta. La Iglesia debe recorrer con decisión el camino de la familia. De este modo la «minoría creativa» que es la familia (pp. 204ss.) supondrá una fértil semilla (verdadero grano de mostaza) capaz de regenerar desde su interior la sociedad en todos sus ámbitos (capítulo IV).

El «Informe sobre la esperanza» del Cardenal Müller es verdaderamente un libro esperanzador, una aportación entusiasmante y provocativa en la senda de la auténtica renovación a que nos viene convocando nuestro Santo Padre el papa Francisco.

Daniel GRANADA